

Estímulo: No volver nunca más

Amrai Coen

Información adicional

Forma en que los Estados Unidos aseguran la frontera.

En el año 2011, alrededor de 320 000 mexicanos indocumentados trataron de llegar a los Estados Unidos. En algunas partes, el muro fronterizo es reforzado con vallas de alta seguridad: pilares de entre cuatro y siete metros de altura insertados en el suelo a una distancia de unos quince centímetros entre cada uno, además de torres de vigilancia equipadas con cámaras infrarrojas y sensores terrestres. Inclusive, en algunas partes se observan, sobrevolando la zona, aviones (o drones) de inteligencia militar no tripulados.

Ocho años viviendo de indocumentado en Estados Unidos. Pero cometió un error. Ahora está con su familia –para la que hoy es un extraño.

LA DEPORTACIÓN

Cárcel de detención migratoria, Estados Unidos

Maldonado lleva 38 horas metido en una celda maloliente, bochornosa; se respira calor, humedad. Está mareado por el hedor a orina, por el hambre, por la preocupación. Según la ley federal estadounidense, Maldonado es un criminal. Delito: "8 U.S.C. § 1325: Improper entry by alien", ingreso de forma ilegal a los Estados Unidos. ¡Leoncio Gaspar Maldonado!, grita un oficial, dirigiéndose a la celda, según recuerda Maldonado. El hombre a quien le gritan es robusto, mide uno sesenta y cuatro, va detrás de un oficial, encaminado hacia las computadoras. Arrastra los pies, el pantalón se le resbala, le quitaron las agujetas y el cinturón para evitar que se pueda ahorcar él mismo.

Le toman las huellas digitales –manos de jornalero–, algunas fotografías, le reconocen el iris. Lleva el cabello corto, colmillo izquierdo plateado. Revisión del banco de datos del FBI. El monitor parpadea: afirmativo. Leoncio Gaspar Maldonado aparece registrado. Hace dos años se pasó un semáforo en rojo en Florida. En aquel entonces pagó una multa. No controlaron su estatus migratorio. "¿Con que ya habías estado anteriormente en nuestro país?", le pregunta el oficial en castellano. Maldonado asienta.

Leoncio Gaspar Maldonado, 38 años. Para ese entonces llevaba ya ocho años viviendo de indocumentado en los Estados Unidos. Trabajando en el campo ganaba casi diez dólares la

hora, diez veces más de lo que se gana en México. Cada mes enviaba el dinero que le quedaba –después de pagar la renta, el teléfono y la comida– a casa, a Santo Domingo en Oaxaca. Ahí, donde dejó hace ocho años atrás a su familia, sus amigos, su cultura. Cada domingo hablaba quince minutos por teléfono con sus familiares, marcaba a casa del vecino, en su casa no hay a donde llamar. Para Maldonado, sus hijos eran solo dos voces que con el tiempo se volvían cada vez más graves.

Uno de esos Domingos su madre no acude más al teléfono. "Está ocupada, está bien", dice la vecina, "está ocupada, está bien", dice la hija, "está ocupada, está bien", dice el hijo. "No está ocupada, no está bien" se dice Maldonado.

Maldonado tiene miedo de que su madre muera sin poder volver a verla. Emprende la marcha hacia el sur, 4000 kilómetros. Toma el *Greyhoundbus*, pide aventón. A nadie le interesa saber con que papeles cruzará la frontera. Ya está en México cuando logra volver a llamar por teléfono. "Tu madre ya está mejor", dice la vecina. "Ya regresó, estaba en el hospital, deja la llamo". "M'ijo", dice la madre. "¿Estás en México? No, todavía no te vengas, necesitamos dinero. ¿Cómo vamos a mandar a los niños a la escuela? Todavía no te vengas, por favor. " "Tuve que haber pensado bien antes de venirme", dice Maldonado. Se queda en el norte de México. Durante semanas busca trabajo, vende el periódico, trabaja en la obra, lava platos. "Trabajas y trabajas pero no ganas nada". Maldonado quiere volver a los Estados Unidos.

Que ahora, después de ocho años de haberse ido por primera vez, ingresar sin documentos a los Estados Unidos ya es prácticamente imposible, de eso ni se enteró. Tras la crisis económica, la migración indocumentada se ha tornado foco de atención principal para las políticas de los Estados del sur estadounidense. Se calcula que alrededor de doce millones de personas viven sin permiso de residencia en EU, la mayoría mexicanos. El temor a la "invasión extranjera" aumenta.

En la agenda del presidente Barack Obama, las políticas migratorias fueron anunciadas como uno de los principales temas a tratar durante su administración –junto con la reforma sanitaria y el control del sistema financiero. En 2008, durante su campaña electoral, prometió legalizar a los indocumentados. "Un anzuelo que utilizó para obtener el voto de todos los migrantes", dice Maldonado. Muchos de los indocumentados tienen familiares que viven legalmente en los Estados Unidos. Ellos fueron a darle su voto a Obama. Votaron por la legalización de sus familias. Los latinos fueron uno de los grupos más grandes que votaron por Obama durante su candidatura a la presidencia.

INTENTO DE HUIDA

Maldonado tacha a Obama de mentiroso; no cree que a finales de este año pueda contar nuevamente con el voto de los latinos. "Desde que está en el poder, se ha dedicado a cerrar la frontera", dice Maldonado. En los últimos ocho años, el número de agentes de la patrulla fronteriza ha aumentado al doble. La frontera con México es a nivel mundial una de las mejor custodiadas. 18 000 policías se encargan de proteger los 3000 kilómetros, que van desde el Pacífico Norte hasta el Golfo de México, con aparatos de visión nocturna, cámaras infrarrojas, sensores de detección de movimiento terrestre y helicópteros. Y de aquellos que habían logrado entrar de forma ilegal al país, han sido deportados alrededor de unos 400 000, tan solo el año pasado.

Lo logró, piensa Maldonado cuando a las dos de la madrugada cruza la frontera por segunda vez en su vida. Solo faltan pocas horas caminando para llegar a la interestatal 10, arteria en la que se reúne el complejo de carreteras del sur. Llegando ahí, podrá perderse entre la red viaria.

Solo necesita algún automovilista que lo acerque un poco a la próxima ciudad, desde ahí podrá moverse en autobús al Estado que le dé la gana. Luz de reflectores. Maldonado se arroja al suelo, aguanta la respiración. Ruidos de motor, ladridos de perros, pasos. Una nariz húmeda olfatea en su oreja. Cuando Maldonado cuenta acerca de su intento de huida, pareciera que estuviera contando una película de suspenso. "Súbete a la camioneta", le ordena el patrullero fronterizo. Destino: Cárcel de detención migratoria.

LA PARTIDA

Santo Domingo, México

La historia de Maldonado comienza en un pueblo en el sur de México, en donde la gente gana menos de dos dólares al día. Sólo logra terminar la escuela primaria, después se convierte en plomero. Es padre de dos niños, bebe demasiado. Su mujer lo abandona. No aguanta más, tan solo los niños, tres y cuatro años. Los deja con su madre y se va a hacer una cura de desintoxicación. Al volver ya no encuentra trabajo. Aunque por el momento su familia tenga de comer, arroz y frijoles, pronto el dinero ya no alcanzará para mandar a los niños a la escuela.

Un vez al mes sale del pueblo un pequeño autobús en dirección al norte. Lleva sentados a hombres jóvenes, camino a EU. Las familias que tienen algún pariente del 'otro lado' convierten sus casas de adobe en casas de cemento y en lugar de huevos, comen gallina. Aquellos que vuelven, hablan de los Estados Unidos: que es un paraíso, que sus calles están limpias, que siempre se anda con una faja de billetes en la bolsa. Muestran fotos de autos deportivos y también de Las Vegas. En aquel entonces, Maldonado no se imagina el trabajo en el campo

bajo granizo y nieve, cuando piensa en Estados Unidos.

Maldonado se va sin abrazos, sin besos, sin despedirse. Como si en seguida fuera a volver. A sus espaldas lleva una mochila de tela, ahí lleva una camiseta, un pantalón, dos latas de frijoles, dos litros de agua y diez tortillas. Durante tres días y tres noches, viaja en el pequeño autobús en dirección al norte, hasta la ciudad fronteriza de Nogales. La prima de Maldonado vive aquí. Ella lo pone en contacto con un "coyote". 1500 dólares pide el traficante de personas para llevar a Maldonado a Phoenix. Maldonado no tiene ni cinco dólares. "Me puedes pagar cuando estés allá", le dice el coyote.

Durante tres noches caminan Maldonado y otras tres personas por el desierto. Cuando es de día, y el calor sobrepasa los cuarenta grados, se ocultan bajo la tierra y astas secas. Si continuaran caminando, podrían morir deshidratados o sufrir una insolación. En promedio, muere diariamente un migrante en el intento por cruzar el desierto. Los migrantes rellenan sus botellas de plástico con agua sucia de los charcos y sus tortillas ya enmohecidas, se las comen también. El coyote mata tres serpientes. "Pensaba que iba a morir", dice Maldonado.

Su primera estación en Estados Unidos: un basurero. Se desprenden de sus ropas sucias, de sus vidas pasadas, todo lo dejan en el basurero. En una gasolinera los espera un *Greyhoundbus*, el coyote lo organizó todo. Maldonado y los demás se mezclan entre los pasajeros. El conductor asienta con la cabeza cuando los migrantes descubren latas de Coca-Cola y hamburguesas sobre sus asientos. Desde entonces las hamburguesas son la comida favorita de Maldonado. Llegando a Phoenix, Maldonado encuentra trabajo en un plantío de melones. Vive en una *trailer* (casa móvil) junto con otros nueve jornaleros mexicanos. Es como vivir en un piso compartido, reúnen dinero, se compran televisión y radio, cocinan juntos. Maldonado gana 7.35 dólares por hora. Una fortuna para un jornalero.

La temporada termina, Maldonado continúa, recolecta fresas en Florida, cosecha cebollas en Georgia y calabazas en Michigan. Envía dinero a casa, de 400 a 500 Dólares mensuales. Con el sueldo aumentan sus deseos, después de casi un año se compra su primer auto, una Dodge Van blanca. Una vez a la semana va a Burger King a comer una hamburguesa doble Whopper. En ocho años aprende dos palabras en inglés: *very good*.

Vivir de indocumentado en EU, significa vivir prisionero en una jaula de oro. Los ilegales tienen los lujos con los que siempre habían soñado: ropa de marca, DVD's, autos. Pero no pueden moverse libremente. Cruzar a pie un semáforo en rojo, conducir sin permiso —el mínimo paso en falso podría significar la deportación. Viven en un temor constante a ser descubiertos, y por eso, muchos de ellos prefieren no salir de sus casas. Durante ocho años vive Maldonado a la sombra de la sociedad, hasta que el miedo de no volver a ver a su madre lo obliga a moverse.

EL REGRESO

Cárcel de detención migratoria, Estados Unidos

Después de cuarenta horas en la celda común, según recuerda Maldonado, lo esposan y lo llevan junto con unos cuarenta mexicanos más en un autobús enrejado camino a la frontera. Los dejan frente al torniquete para el control de acceso entre San Diego y Tijuana. Un torniquete entre dos mundos, "Bienvenido a Tijuana". Casas y chozas que cuelgan de las pendientes. Un millón y medio de habitantes. La ciudad es sinónimo de drogas y prostitución. Quien ahí llega, de ahí se quiere ir. Maldonado ha decidido volver a casa, con su familia. No quiere volver a los Estados Unidos, no quiere volver a dejarse humillar en la cárcel. "Mírate", le dijo el oficial, "ensucias nuestro país".

Santo Domingo, México

Los últimos pasos son los más difíciles. Los pies de Maldonado permanecen pegados al piso como ventosas. Su familia no sabe que viene de regreso, no tenía dinero ni para una llamada telefónica. La barda de su casa ya no es de ramas, ahora es de piedra. Pasa su mano por el portón, "¡metal, también nuevo!", se dice y llama a la puerta.

Un hombre mayor se arrastra hacia la puerta, deja entrar a Maldonado, murmura algo y desaparece en la oscuridad de la noche. Es su padre, dice Maldonado. No hay abrazos, ni sacudidas de manos, ni un saludo. Maldonado se alza de hombros, finge una sonrisa. "Hola, soy tu padre", le dice a la jovencita que está de pie ante la casa bajo una luz neón. Le da la mano. "No es cierto. Yo sé quien es mi padre – es él!", dice y señala hacia el anciano que está en la oscuridad, su abuelo. "¿Qué haces aquí, muchacho?" pregunta la madre de Maldonado, "pensaba que estabas en el otro lado".

Maldonado mira a su alrededor. La televisión es nueva, y el refrigerador. Dentro: un tomate y una cebolla. Esperaba más cambios. ¿Dónde quedó el dinero que estuvo mandando durante años? "El uniforme, las libretas, eso es caro", dice la madre, "y con tu dinero compramos dos milpas en las que sembramos maíz." Durante el día su padre cosecha el maíz, con él, su madre hace tortillas para vender en el pueblo. Con eso se ganan unos ocho dólares al día; pero tan solo tres dólares cuesta la escuela de los niños. "¿Estás seguro de que no quieres volver a intentarlo?", le pregunta su madre unos días después de su regreso, "la semana pasada volvió a salir el autobús". "¡No!", grita Maldonado. Va a buscar trabajo, dice, quizás encuentre algo en el pueblo vecino, como plomero. Pero los días pasan y no busca. Sabe perfectamente que en México no encontrará ningún trabajo bien remunerado, él, que está acostumbrado a un salario diez veces más alto.

Maldonado no sabe como tratar a sus hijos. "Han crecido, mi hija, ya casi una mujer", dice. Ordena a su hija de catorce años a recoger su habitación, pero su madre lo reprende: "¡No vengas ahora a querer educar! ¡Tú que siempre lo evadiste"! Cómo le gustaría abrazar a sus hijos, darles un beso. Tiene miedo de que no les agrade. "Para mí no tienen cariños". Todos los días después de la escuela va con ellos al río. Trepa los árboles, se arroja de bombita al agua. "Es como un tío divertido", dice su hijo Alejandro. De hecho lo llama tío.

En el pueblo todo mundo saluda a Maldonado. Los vecinos lo tratan como si nunca se hubiera ido. La mayoría de las familias del pueblo tiene por lo menos un pariente en Estados Unidos. El año pasado ingresaron más de veinte mil millones de dólares al país, enviados por mexicanos que estuvieron trabajando en EU. Las remesas son el segundo factor de ingreso económico más importante, después del petróleo. "El pueblo ha cambiado desde que me fui", dice Maldonado. "Las calles eran de tierra, ahora están pavimentadas". Durante la fiesta del pueblo, Maldonado les pone en la mano unas cuantas monedas a sus hijos. Éstos vuelven con papas fritas y Coca-Cola. "Gracias papá" dice Alejandro. Es la primera vez que lo llama papá. "Ya comienza a darme gusto su regreso", dice el jovencito y enrojece. Le da unos cuantos golpecitos de boxeador a su padre. Maldonado sonrío aliviado. Por un momento volvió Maldonado a su antigua nueva vida. "Me voy a buscar una mujer en el pueblo, me voy a casar con ella, me voy a encargar de ella y de mis hijos", dice. Vacila para después caer en cuenta de que para encontrar una mujer, necesitará dinero. La próxima semana sale otra vez el autobús que va al norte. "Quizás me suba", afirma.

PERSPECTIVAS

Después de un año, Maldonado no encuentra trabajo. Es cuando toma otra vez la decisión de irse al norte. Cinco hombres y una mujer cruzan la frontera, caminan durante tres días y tres noches, ya han pisado suelo americano, cuando al cuarto día, la policía fronteriza los sorprende. Maldonado pasa tres meses en la cárcel de detención migratoria, desde entonces decide no volver nunca más de ilegal a los Estados Unidos. "Estoy seguro, segurísimo", dice Maldonado al teléfono. Repite esa frase una y otra vez que parece estuviera enmarcándola entre múltiples signos de exclamación.

Vuelve con su familia y busca y busca. Hace apenas cinco meses que encontró lo que buscaba: trabajo. Dice que ahora es el "hacelotodo" en una fábrica de cemento en el pueblo vecino. Hace la limpieza, remueve cemento, repara tuberías. Gana 220 dólares al mes. Todos los días sale a las siete de la mañana de su casa y vuelve a las siete de la noche. Su hijo va en primero de secundaria, su hija está a punto de terminar el bachillerato, el próximo año alcanzará la mayoría de edad. "Mi hijo no tiene que volverse a ir", dice la madre de Maldonado, "sus hijos

ya son casi unos adultos, pronto podrán hacerse cargo de sí mismos". Cuando se le pregunta al hijo de Maldonado si se iría a los Estados Unidos, contesta: "sí, por unos años, sí me iría". Para cuando tenga hijos, poder construir una casa para la familia y poder ganar dinero rápidamente para pagarles a sus hijos la escuela y la universidad.

Traducción del alemán al español: Maribel Saldaña Márquez

Primera publicación en alemán: <http://www.enarro.de/kein-weg-zurueck> (2014)